



¿El fin de las religiones?

No resulta fácil decir en qué consiste el proceso de *secularización* que vemos en el mundo actual. Sabemos que antes todos los hombres eran religiosos; hoy —por primera vez en la historia—, muchos no lo son. Antiguamente la religión lo dominaba todo: la alegría del sol y la tragedia del rayo; el curso de las estrellas y los cataclismos sísmicos: porque lo que no se conseguía por la admiración se conseguía por el temor.

Pero a partir del cristianismo (y aún antes, en la religión hebrea), el mundo divinizado se empezó a esfumar. Dios no resultaba ya algo intra-mundano para el Evangelio; Dios no estaba a nivel del hombre —y en competencia con él—, sino que comenzaba a descubrirle en lo más profundo de su dinamismo. La religión pagana, estática y paralizante, empezó a ser desbancada por una religión que no se encuentra en lo exterior ni en lo avasallante, sino en el desarrollo del hombre.

Empezamos a descubrir —como dice el teólogo H. J. Türk— que «nada hay en el mundo que, de sí y ante sí, sea de algún modo religioso: ni el sol, ni el rayo, ni las estrellas, ni la tempestad. No hay números —como en las antiguas religiones pitagóricas—, no hay obras de arte —como en la idolatría pagana—, no hay gestos ni ceremonias —como en todas las religiones hasta llegar al cristianismo— que sean originariamente religiosas: sólo los hombres han conferido a todo esto significación religiosa... Todo lo que en este mundo acontece —acabamos de averiguar— que puede ser descrito y explicado con validez universal por medios científicos: en el espacio cerrado de este mundo no aparece Dios ni se le necesita para explicarlo. («Dios hoy, ¿problema o misterio?», Ed. Sígueme.)

El mundo se ha hecho independiente, autónomo, libre de tuteladas exteriores y auto-suficiente.

El dominio que lo religioso impuso históricamente al hombre empezó a ser superado al decir la revelación judeo-cristiana a todos los hombres: «Dominad la tierra y enseñaréis de ella», («Génesis», I, 28). No eran los magos ni los sacerdotes —porque en la primitiva religión hebrea no había profesionales del culto— quienes tenían que dominar las fuerzas de la naturaleza con su poder misterioso, sino los hombres de carne y hueso con su propio esfuerzo y sin rito esotérico alguno.

El segundo paso lo dio también el cristianismo cuando echó por tierra las normas exteriores predicadas por el judaísmo y afirmó que no había más ley que «lo que obra el Espíritu Santo, que perfecciona interiormente nuestro espíritu, comunicándole un dinamismo nuevo —la gracia—, de modo que huya del mal por amor». (S. Lyonnet, S. J. «Libertad y Ley Nueva».)

Todo ello ha conducido —a pesar de una historia confusa— a un mundo que se gobierna sólo por sus leyes físicas y a un hombre que se gobierna sólo por su propia autenticidad. En una palabra, está comenzando la época de la espontaneidad, si es que los hombres —religiosos y no religiosos— estamos dispuestos a superar los artificios negativos del egoísmo capitalista actual o del egoísmo religioso moderno, productos de esta brillante sociedad de oropel que se llama la sociedad de consumo.

Por eso notamos en las Iglesias un resurgir del seglar, individual o colectivamente, empezando a definirse a sí mismas no como «sociedades», sino como «pueblo». De la misma manera que algunos teólogos católicos, como el germano H. Küng o el holandés O. Ter Reegen, descubren la raíz tradicional del actual deseo de participación de los seglares en todo lo que se refiere a la Iglesia, desempolvando aquella vieja norma canónica que dice: «Lo que importa a todos debe ser tratado y aprobado por todos», norma que prevaleció durante siglos en la costumbre eclesial, olvidándose después, de tal manera que actualmente resulta inconcebible en la mente ortodoxa de muchos.

Norma que llevó durante siglos —según estos teólogos— a la intervención de los fieles en el sermón durante la celebración eucarística; a la presencia activa en los Concilios; a tener en cuenta los teólogos el sentido de la fe de los fieles en las formulaciones dogmáticas; a intervenir el seglar en situaciones de emergencia en algunos sacramentos (no sólo en el bautismo), y hasta a poder ocupar la presidencia de la comunidad local en algunos casos sin ser sacerdotes. (O. Ter Reegen. «Revista Concilium», número 38.)

Dios empieza a no ser ya ninguna imagen, por perfecta que

se la suponga; ni ningún poder dominador, por generoso que se le conceptúe. Dios empieza a descubrirse, por primera vez, a amplias capas de hombres de cualquier creencia o increencia, porque, si es algo real, está en la profundidad de todo, de tal modo que el más hondo pensador religioso de nuestros tiempos, Paul Tillich, ha podido decir con toda razón: «El que sabe de profundidad, sabe también de Dios», aunque no sepa ni quiera nombrarlo.

«De este modo ha profundizado el cristianismo las religiones y secularizado el mundo: el cristianismo es el fin y remate de las religiones. Hay teólogos que no se recatan de hablar de un cristianismo sin religión, no-religioso: así ha quedado el mundo libre para una investigación y dominio sin trabas ni obstáculos de un temor religioso; se han escalado montañas, se ha escudriñado la materia, se han medido las estrellas, se han fijado y aplicado las leyes de la naturaleza obedeciendo al imperativo bíblico: dominad la tierra». (H. J. Türk. «Dios hoy, ¿problema o misterio?», Ed. Sígueme.)

¿Quiere esto decir que la fe ha terminado?, ¿que la creencia se convierte en increencia? No, porque incluso para algunos, que quieren ahondar en la intimidad humana, «el concepto de lo sagrado es más amplio que el de religión: la búsqueda desinteresada de la verdad, la ética, el arte y la religión tienen por igual su origen en este sentido de lo sagrado. El ateo, que da su vida en aras del ideal altruista de una sociedad sin clases; el hombre de ciencia, que prefiere sufrir persecución antes que profanar la verdad; el artista menesteroso, que prefiere morir de hambre con tal de no faltar al servicio de la belleza, no son —en un sentido estricto— hombres religiosos, pero todos son ejemplos de este sentido humano de lo sagrado que es también el distintivo de la religión». (N. Micklem. «La Religión», Ed. Fondo C. E.)

Las religiones particularistas están acabando en la historia del mundo y se delinea una nueva religión no-particularista: la religión cósmica de Teilhard de Chardin. La del que es creyente, porque cree en la tierra. «La noción de lo sagrado religioso es de origen pagano y está superada por el Dios de Jesucristo que es el Amor. Los profetas del Antiguo Testamento habían puesto en cuestión la prisión en que encierran a los hombres los hábitos y los ritos; porque al llamamiento del amor vivo no se puede responder con un conjunto de gestos y palabras fijadas en un ceremonial, sino con la adhesión del corazón... Lo que cuenta no es observar los ritos, sino amar». (Padre Marc Oraison. Diario «La Croix», 20 mayo 1968.)

Por eso «el cristiano (como anteriormente lo fue el creyente en el Antiguo Testamento) es mucho menos pladoso —en sentido de prácticas minuciosas— que el antiguo pagano, y a esto obedece la acusación paradójica de impiedad que hacía el estado pagano contra los cristianos». (Romano Guardini. «El Poder».)

Esta religiosidad cósmica, universal y espontánea, que acepta un culto cada vez más simplificado y una inmersión en el mundo cada vez más responsable, será —para muchos— el único hombre fundamentalmente religioso del futuro, según vislumbran. Y todos debemos preguntarnos —creyentes e increyentes—, ¿será esto en realidad lo que ocurra? El cristiano Harvey Cox, cuando le invitó el Vaticano a una semana de estudio sociológico titulada «La cultura de la increencia», pedía que, en vez de crear la Santa Sede un «Secretariado de No-creyentes», lo que debía organizar era un «Secretariado de la hipocresía» que tratase sobre los católicos que asisten a misa y contestan con corrección doctrinal, pero que no tienen una creencia viva que motive e impulse sus vidas humanas.

Ante esta nueva realidad existencial, mucho más profunda que la realidad ideológica, opinaba también el sociólogo de la Universidad de Frankfurt, Tomas Luckmann, no que los creyentes absorberán a los increyentes, o viceversa, sino que «las categorías de creencia e increencia desaparecerán en el futuro».

Y el cristianismo, universalista y cooperador con todo lo justo, sincero y abierto, y debedor de todo lo estrecho, rígido y de medias tintas, tiene —si lo saben comprender sus seguidores— un papel de primera magnitud en el porvenir de este hombre y sociedad nuevos, radicalmente nuevos.